

Ricardo Donoso

## Don Agustín Edwards, historiador



O resulta del todo fuera de lugar recordar las circunstancias en que don Agustín Edwards volcó la actividad de su espíritu hacia los estudios históricos: perseguido con implacable saña por un gobierno de fuerza, se vió obligado a abandonar su país y a permanecer muchos meses fuera de él: fué entonces cuando los contornos del nativo terruño, en sus aspectos físico y espiritual, en su desenvolvimiento histórico e intelectual, se impusieron en su alma con fuerza irresistible. Le ocurrió algo parecido a lo que sintieron los jesuitas hispanoamericanos expulsados de los dominios de América en la segunda mitad del siglo XVIII: lejos de los valles y las sierras que habían visto desde su juventud, sintieron la nostalgia de los paisajes y de los ambientes que amaban con todas las fuerzas de sus espíritus, y cuya evocación se impuso a sus plumas como una necesidad psicológica. De ese estado de espíritu surgieron las inolvidables páginas que los naturalistas e historiadores jesuitas consagraron a los extensos dominios de S. M. Católica, ins-

piradas en un hondo cariño por las regiones que habían recorrido y estudiado con apasionamiento. Alejado de su patria por arbitrarias disposiciones, el señor Edwards, que sentía la pasión del servicio público como un deber moral superior, creyó que en nada podría llenar mejor los largos días del exilio que en la composición de algunos trabajos destinados a dar a conocer al país en el extranjero, y el aspecto de su tierra acudió a su espíritu con intensa fuerza evocadora. Así se despertó en el señor Edwards su vocación por los estudios históricos, a los que consagró varios trabajos de original relieve.

Apartándose del concepto clásico, quiso darnos una visión panorámica del país, de los rasgos más acusados de su relieve y de su historia, del territorio y de su alma, a través de su desenvolvimiento intelectual; algo así como una visión periodística de cuatro siglos de vida nacional, visión en la que se hallan aunados los esfuerzos del geógrafo y del historiador, del folklorista y del polígrafo, animados por un fuerte y vibrante sentimiento de la patria. Deliberadamente optó por el concepto de Víctor Cousin, lo que él llamó la incorporación de la técnica del film aplicada a la historia: dentro del marco geográfico introdujo incidentalmente el relato histórico; por eso las páginas de su libro *Mi Tierra* constituyen primordialmente una descripción del territorio, el desierto, el valle central, la selva, los canales y las islas, con una somera excursión al campo de la vida intelectual, desde Mora y Bello hasta

nuestros días. No fué su propósito trazar un cuadro prolijo, recargado en los detalles, sino el de componer un gigantesco fresco de vigorosos trazos. En el segundo volumen de esa serie, que denominó *Gentes de antaño* se adentró en la descripción de la vida y costumbres de los araucanos, en la historia de la conquista de Arauco y bosquejó los perfiles de los conquistadores del siglo XVI y de algunos Gobernadores de la época colonial. En este volumen consagró algunas páginas a don Ambrosio Higgins, a quien calificó como el más notable de los Gobernadores coloniales, cuyo retrato, sin tener gran novedad y repetir las noticias tradicionalmente conocidas, es bastante exacto en sus líneas generales.

En realidad el primer trabajo propiamente histórico del señor Edwards es el último volumen de esa trilogía, que con el título de *El Alba* publicó en 1931, en el que trazó la historia política del país desde los días de la Independencia hasta las postrimerías de la Administración Prieto, en el que, sin pretender exhibir puntos de vista nuevos ni aportar una documentación desconocida, reseñó el afianzamiento de las nuevas instituciones con pluma liviana y amena, y caracterizó a los próceres sin regatearles elogios.

Obras de divulgación histórica, destinadas a dar a conocer los anales de la patria más allá de nuestras fronteras, publicadas originariamente en inglés y poco después vertidas a nuestra lengua, constituyen la expresión de un corazón ardoroso que vibraba intensa-

mente en la evocación de la tradición nacional, y de una sensibilidad a la que no eran ajenos los rasgos de una imaginación activa.

Tenía el señor Edwards el amor del arte tipográfico, y la impecable pulcritud con que el editor Benn vistió esos frutos de su ingenio, adornándolos con mapas e ilustraciones de refinado gusto, es bien reveladora de su entusiasta pasión de bibliófilo.

Pero el trabajo de mayor aliento que el señor Edwards consagró a las disciplinas históricas fué el que, con el título de *Cuatro Presidentes de Chile*, dió a los moldes en 1932, en el que trazó la reseña de la política interna e internacional del país desde 1841 a 1876, estudiando las Administraciones de los señores Bulnes, Montt, Pérez y Errázuriz. El cuadro de la Administración Bulnes ya había sido compuesto por don Diego Barros Arana en la última de sus obras, *Un decenio de la Historia de Chile*; pero el de la de don Manuel Montt no había merecido hasta entonces la atención de los historiadores nacionales. Excepción hecha de aquel apasionado Cuadro histórico de la Administración Montt, y de las monografías escritas sobre el mismo período por el infatigable don Benjamín Vicuña Mackenna, sólo don Alberto Edwards había escrito algunos capítulos deshilvanados de ese sangriento y apasionado período. El señor Edwards, sintiendo por la personalidad del Presidente Montt la admiración más calurosa, formado en el hogar del partido po-

lítico del cual él echara las bases, enfocó la historia del decenio con ecuanimidad, con acucioso espíritu informativo, dibujando un cuadro en el que se esforzó por no recargar las sombras. No tenía el señor Edwards ninguna inclinación a caracterizar a las personalidades que desfilan por nuestra historia nacional en sus rasgos psicológicos más acentuados, limitando sus semblanzas biográficas a las noticias desnudas de los hechos más destacados de la vida pública de los estadistas; por eso hay en sus páginas cierta frialdad académica, que no nos conmueve ni nos entusiasma.

El señor Edwards ha sido el primero de los historiadores nacionales que ha compuesto un cuadro de conjunto de las Administraciones de los señores Pérez y Errázuriz, para bosquejar el cual dispuso de un caudal de documentos de positivo valor, que fué tal vez el primero en utilizar. La reseña de las reformas constitucionales iniciadas entonces está hecha con prolijidad y exactitud, y aun cuando algunos aspectos de la historia política ostentan el sello de sus más caras simpatías políticas, son visibles sus esfuerzos por exponer desde un plano de perfecta imparcialidad. De todos los trabajos históricos del señor Edwards, *Cuatro Presidentes de Chile* es el de más sólido mérito, el que exhibe una investigación más acuciosa y prolija y el de más fuerte aliento.

Tenía el señor Edwards el propósito de continuar sus tareas en este campo de la actividad escribiendo la historia de Chile hasta la revolución de 1891, y

en los volúmenes que publicó la Universidad de Chile en 1935, en homenaje al señor Amunátegui Solar, alcanzó a publicar algunos capítulos relacionados con la Administración de don Aníbal Pinto, pero el precario estado de su salud en los últimos años no le permitió dar remate al plan que se había trazado. Entre la cuantiosa documentación de que disponía merece recordarse la correspondencia de ese prominente servidor público, salvada de la destrucción por extraño acaso.

Aunque no propiamente de carácter histórico, merece también recordarse la biografía que el señor Edwards escribió de don Federico Santa María, el filántropo fundador de la Escuela Técnica que lleva su nombre, y en la que se encuentran las pocas noticias que se conocen sobre aquella extraña personalidad, en la que se unieron en curioso maridaje la audacia del especulador con la sordidez del avaro.

Sería tarea larga y fatigosa recordar las contribuciones ocasionales a los estudios históricos que el señor Edwards escribió para las páginas de *El Mercurio* y de la *Revista Chilena de Historia y Geografía* y en las que campean los mismos rasgos de su obra histórica toda.

Gustaba don Agustín Edwards de adornar sus trabajos con bellos epígrafes, y de todos ellos le era grato el que escribió Montaigne en sus *Ensayos*, «No enseñe nada; relato». A él se ajustó como a una norma inflexible, que procuró seguir con claridad, honradez y valentía.